

FELICES Y SANTAS

PASCUAS DE RESURRECCIÓN



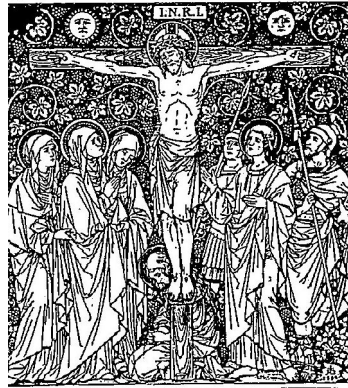
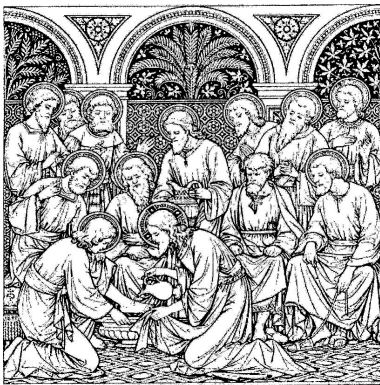
Era necesario que el Mesías, antes de ser clavado en la Cruz, fuera proclamado Rey en Jerusalén por el pueblo; que delante de las águilas romanas, ante los ojos de los pontífices y fariseos llenos de rabia y asombro, la voz de los niños, mezclándose con los aplausos y vítores del pueblo, hiciese resonar la alabanza al Hijo de David.

El profeta Zacarías había predicho esta ovación preparada desde toda la eternidad para el Hijo del hombre en la víspera de sus humillaciones: "salta de gozo, hija de Sión; he aquí que tu rey vendrá a ti; es el justo y el salvador. Él es pobre, y avanza montado sobre un asno, sobre un pollino, hijo de asna".

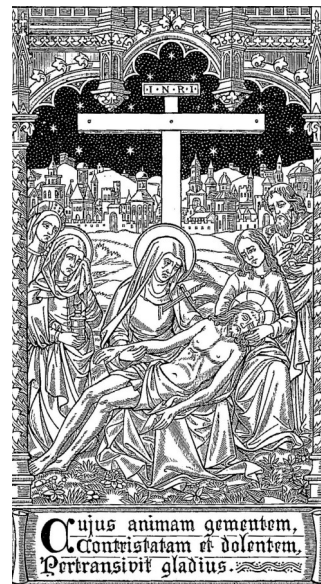
Jesús va a seguir repitiendo, mediante el ministerio de hombres pecadores y mortales, las maravillas que hizo en el Cenáculo; y al mismo tiempo que deja en herencia a su Iglesia el Sacrificio único, nos da, según su divina promesa, la forma de permanecer en Él y Él en nosotros.

Tenemos, pues, que celebrar y festejar otro aniversario no menos maravilloso que los otros: la institución del sacerdocio católico.

El gran Apóstol San Pablo insiste en el poder que el Salvador dio a sus discípulos para renovar la acción que había hecho; y nos enseña, en particular, que cada vez que el sacerdote consagra el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo *anuncia la muerte del Señor*, expresando con estas palabras la unidad del Sacrificio, sobre la Cruz y sobre el Altar, aunque realizados de modo distinto, uno cruento, otro incruento.



O Crux, ave, spes unica,
Hoc Passionis tempore
Piis adauge gratiam,
Reisque dele crimina



¡Qué lucha terrible tuvo lugar en el Corazón de María! La crueldad de los hombres le arrancan su Hijo...

¿Cómo puede Ella ratificar por su consentimiento la muerte de Aquél a quien ama con un doble amor, como a su Hijo y como a su Dios?

Por otro lado, si Jesús no fuese inmolado, el género humano seguiría siendo presa de Satanás, el pecado no sería reparado, hubiese sido en vano que Ella se convirtiera un día en la Madre de Dios Encarnado.



María, uniéndose a la voluntad del Padre y al deseo de su Hijo, que quieren la salvación del hombre por medio del sacrificio, triunfa sobre sí misma y dice una segunda vez aquellas palabras solemnes: *Fiat mihi secundum verbum tuum*, y consiente en la inmolación de su Hijo, y se ofrece junto con Él.

En el Credo confesamos que el Hijo de Dios descendió de los cielos y se hizo hombre por nuestra salvación.

Admirados y emocionados por semejante amor, por tanta misericordia, por una sabiduría, un poder y una justicia tan sin ejemplo, repitamos las palabras del Exsultet:

"De nada nos hubiera servido el haber nacido, si no hubiésemos sido redimidos. ¡Oh admirable efusión de tu bondad para con nosotros! ¡Oh inapreciable muestra de tu amor! ¡Para redimir al esclavo entregaste al Hijo! ¡Oh pecado de Adán, verdaderamente necesario, que ha sido borrado con la muerte de Cristo! ¡Oh culpa feliz, que mereció tener un tal y tan grande Redentor!"

